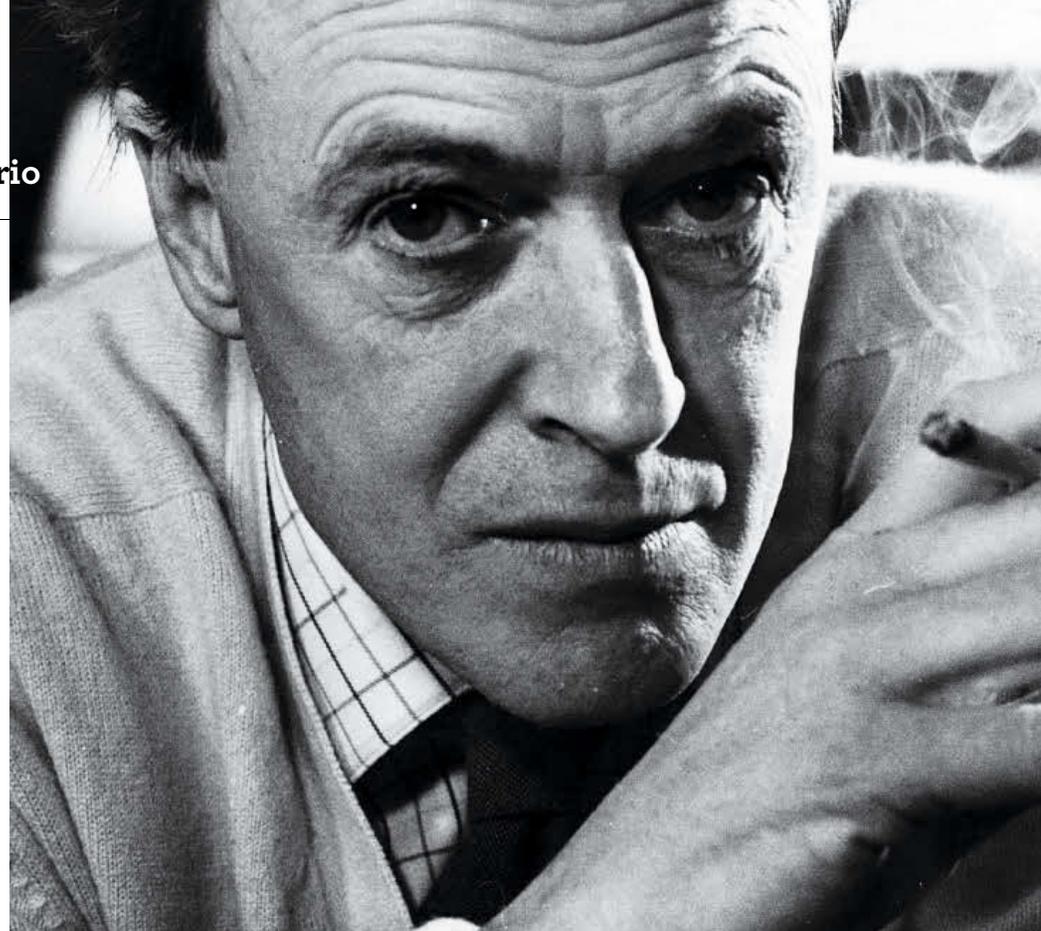


Existen dos elementos que forjan el estilo de un escritor. El primero es el carácter, porque todos escribimos como somos. Y el segundo es el dominio de la elipsis o, en casos extremos, la capacidad para trabajar artísticamente con la mentira. Escribir bien exige administrar los silencios y trabajar con medias verdades. Sugerir sensaciones más que describir hechos. Lo primero que asombra de las cartas secretas que el escritor Roald Dahl (Reino Unido, 1916-1990) envió a lo largo de cuatro décadas a su madre, Sofie Magdalene Hesselberg, –publicadas ahora en español por Gatopardo en una edición modélica a cargo de Donald Sturrock, con un álbum con fotos familiares e ilustraciones–, es su ingeniosa capacidad para mentir. Diríase que casi con obstinación.

Desde adolescente, cuando no podía imaginar que su destino sería la literatura, el autor de *Matilda* o *Charlie y la fábrica de chocolate* muestra un talento natural para dosificar y manejar la verdad. Su primera carta, fechada en 1925, escrita desde el internado por un niño de apenas 10 años, tiene siete líneas. Suficientes para falsear con plena conciencia sus sentimientos: «Me lo estoy pasando muy bien aquí. Jugamos al fútbol cada día. Las camas no tienen muelles (...) Los profesores son muy simpáticos». La última, compuesta en 1965, en California, dos años antes de la muerte de su progenitora, describe el derrame cerebral que su segunda esposa, la actriz Patricia Neal, sufrió mientras rodaba –embarazada– *Siete mujeres*, la película de John Ford.

Entre ambas, la primera escrita por un niño que firma Boy y la postrera rubricada con su nombre de pila, como haría un hombre que ya es padre, discurre la vida de un autor que se hizo famoso escribiendo literatura infantil pero que, bajo esta falsa apariencia de autor amable, cuya misión es entretener y divertir a su público, cobijaba una extraña y oscura melancolía.

Dahl fue un maestro consumado del disimulo: su educación, marcada por la disciplina y la ru-



Roald Dahl: autobiografía fingida, epistolario secreto

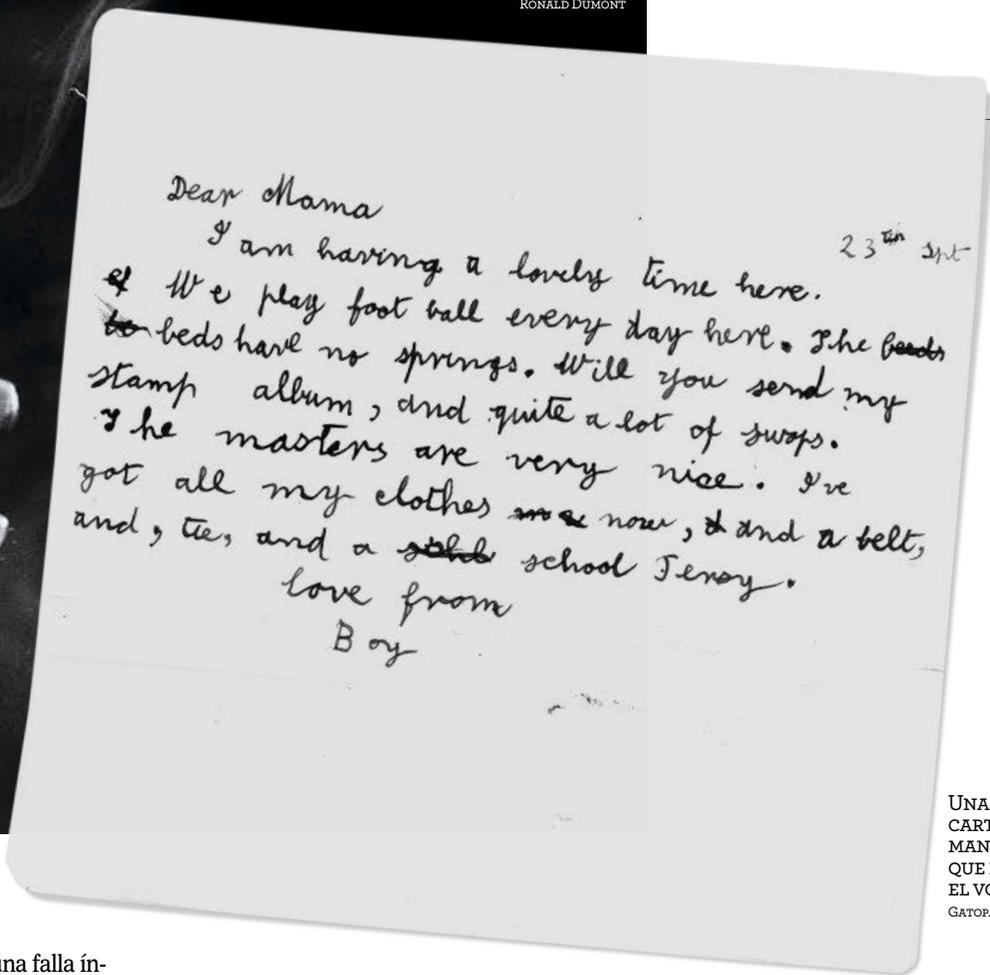
Gatopardo publica en español la selección realizada por **Donald Sturrock** de las seiscientas cartas íntimas que el narrador escribió a su madre durante cuatro décadas

por **CARLOS MÁRMOL**

deza de la Inglaterra de principios del pasado siglo, distaba de ser idílica, pero en ninguna de las postales que enviaba a su madre –y mentora– muestra amargura ni se queja del frío y la insalubridad de los internados donde pasó esos años, siempre lejos de casa.

Felicidad fingida. Hace falta reparar en algunos detalles accesorios de sus mensajes, donde simula un entusiasmo expresado con comicidad, para caer en la cuenta de su temprana capacidad para distanciarse de sí mismo y utilizar la escritura no para el desahogo personal, sino como un instrumento perfectamente afinado para hacer felices a los demás, aunque a veces fuera a costa de sí mismo.

Cada semana relataba a Sofie Magdalene cómo iban sus estudios, lo bien que se llevaba con sus compañeros y lo amables que eran sus profesores. Demasiada felicidad para ser cierta. Escondida bajo esta prosa espontánea, escrita por un niño que descubre el mundo real, se atisba un sustrato de soledad, disimulado al amparo de la franqueza: «No me cuesta nada volver solo a casa, si te da pereza ir a buscarme». Entre confesiones menores y escenas burlescas, su afición por los galgos y el boxeo, o su descubrimiento de la fotografía, incluso en las estampas más escatológicas, donde el niño desinhibido y gamberro que le cuenta a su madre sus cosas se recrea con suma delectación,



UNA DE LAS
CARTAS Y
MANUSCRITOS
QUE RECOGE
EL VOLUMEN.
GATOPARDO

aparece (entrevista) una falla íntima. «El martes viajaré en el tren de siempre (sale de Derby hacia las ocho) y buscaré a Louis. Supongo que ya me dirás si irás a recibirme o no». ¿Le esperó alguien ese día en la estación?

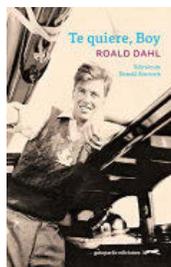
Dahl fue educado, por decisión expresa de su padre, muerto de forma prematura, en los severos internados de la Cathedral School de Llandaff, en Cardiff –donde le azotaron–, en Saint Peter's School y en Repton, cerca de Derby. En todos estos colegios, espartanos y marcados por la mentalidad victoriana, experimentó la lucha (barojiana) por la vida (escolar). En sus narraciones más famosas –*Boy*, un relato biográfico, o *Matilda*– describe sin paños calientes la crudeza de aquella Inglaterra claustral, donde se sentía expatriado por su origen noruego y su identidad galesa.

Pero en el epistolario dedicado a su madre, a ratos más ficticio que sus narraciones, no hay rastro alguno de autocompasión. El boy que firma al pie las primeras cartas, antecesor del Roald de las epístolas de madurez, se cuida siempre de desvelar su mundo interior, fabricando para la tranquilidad espiritual de su madre un tapiz de felicidad e inconsciencia donde mu-

chos hechos inquietantes –la muerte accidental de un compañero o los abusos a menores– son referidos muy de pasada, como sucesos sin importancia, encapsulados dentro de episodios vitales gracias a los cuales aprende que la magia de las palabras no necesita ser fiel a la realidad. Más bien, al contrario.

Cartas sin respuesta. Este epistolario, que nunca fue pensado como una obra pública, y que ha sido construido por su biógrafo, que tuvo acceso directo a las cartas –más de 600– que su madre atesoró hasta su muerte, puede leerse como una novela de iniciación o al modo de unas memorias (involuntarias).

Es la autobiografía de un adolescente (escrita en una primera persona que dialoga con una interlocutora ausente) que desea ahorrarle al mundo el sufrimiento de conocer sus calamidades; el registro de los avatares de un hombre que, movido por su espíritu aventurero, vive en África, conoce la guerra (fue piloto militar y estuvo a punto de morir cuando su avioneta se estrelló en Libia en 1940) y trabaja como probable espía de Su Graciosa Majestad. El impostor va tornándose cada vez más auténtico y confesional, sin caer nunca en el



**ROALD DAHL
TE QUIERE, BOY**
Edición de
Donald Sturrock.
Traducción de
Mariana Sánchez
y Edgardo Scott.
Gatopardo. 400
páginas. 24,90 €
Ebook: 11,99 €

sentimentalismo ni ponerse estupefacto. Las cartas de Dahl ayudan a contemplar su evolución desde una escritura festiva y diletante hasta la definitiva profesionalización. Nos descubren a un hombre socarrón con un trasfondo de tristeza. Irreverente, flemático, silenciosamente trágico. Y cuya literatura infantil –que no comenzó a publicar hasta 1959, cuando descubre la paternidad; antes había escrito sátiras sociales, distopías rurales e historias macabras– es sólo una de las caras de una personalidad extravagante que se sentía «terriblemente cómica» dentro de un traje y que todos los días se encerraba en una cabaña.

Allí, sentado en un sillón, con un tablero sobre sus rodillas, a mano y con dos lápices, escribía las historias que siguen fascinando a sus lectores. Dahl no conservó las cartas de respuesta de su madre. Su correspondencia con ella parece discurrir en una única dirección. Tampoco fue a su funeral. Tardaría 20 años en visitar el cementerio donde sus hermanas esparcieron sus cenizas. Todo lo que tenía que decirle se lo escribió en vida. La muerte puso el punto final entre ambos. **L**